Cajón 480 - n. 10940

Influencia del elemento indígena

EN LA CULTURA DE

LOS MOROS DE GRANADA

Biblioteca del Senado Indígena
de
LOS MONOS DE CRIANZA

Influencia del elemento indígena

EN LA CULTURA DE

LOS MOROS DE GRANADA

ESTUDIO DESTINADO

AL

Congreso Científico Internacional de los Católicos,

QUE SE HA DE CELEBRAR EN BRUSELAS

EN SEPTIEMBRE DE ESTE AÑO

POR

D. FRANCISCO JAVIER SIMONET

REAL ACADEMIA
BIBLIOTECA
DE LA HISTORIA

MALAGA.—Imp. de El Expreso
MARIBLANCA, 18.
1894

REAL ACADEMIA
BIBLIOTECA
DE LA HISTORIA

Influencia del elemento indígena

EN LA CULTURA DE

Los Moros de Granada

I

Famoso en todo el mundo, celebrado largamente por poetas, viajeros é historiadores, y encarecido particularmente por los encomiastas de la ponderada civilización árabe, es el reino Nazarita de Granada. Más, ¿quién creó sus maravillas? ¿Quién esparció tantos esplendores entre la doble oscuridad de los siglos medios y del mundo pagano? ¿A quién se debe el mérito de haber cultivado tan superiormente estas tierras, poblando de arboledas y vergeles, no solamente las bien regadas llanuras,

sino hasta los enriscados cerros? ¿A quién el honor de haber erigido tan notables obras de arquitectura y haber producido tanto caudal de escritos literarios y hasta científicos, como han llegado á nuestra noticia? ¿Por ventura á los Arabes conquistadores de nuestra Península? ¿Por ventura á los Bereberes y Moros, que tan eficazmente ayudaron á los Arabes en la conquista y se establecieron juntamente con ellos en este territorio? ¿Por veutura al islamismo importado y profesado por unos y otros? ¿Por ventura quizás á la sometida población hispano-romana y visigoda, tan poco considerada por ciertos historiadores, y que, sin embargo, bajo la dominación sarracénica subsistió largamente y conservó la tradición literaria, científica y artística de los periodos anteriores?

Para contestar satisfactoriamente á estas cuestiones, conviene advertir préviamente que, en la exagerada cultura de los Moros de Granada, no es oro cuanto reluce y aparece á primera vista, sinó en gran parte, encarecimiento de poetas y novelistas, así de los arábigos, ciegos admiradores y apasionados de esta especie de paraiso terrenal, como de los españoles y europeos, entusiasmados con las bellezas naturales del país y con la importancia de

una conquista que vino á completar la restauración de nuestra pátria, y, como vulgarmente se dice, á terminar la epopeya nacional y cristiana de los ocho siglos. Deslúmbranse y engáñanse los que imaginan poderoso y floreciente un Estado que nació pequeño y pobre, que disfrutó escasos días de paz y de fortuna, y que consumió la mayor parte de su vida en lastimosa decadencia y larga agonía.

Fácilmente se comprenderá que una sociedad como aquélla, formada de elementos tan diversos é incoherentes, tan viciosamente constituida, tan mal gobernada y sometida á la ley bárbara, despótica y corruptora de Corán, no podía susbsistir larga ni felizmente. Subsistió aquel reino mientras los sultanes de Granada cumplieron lealmente la sumisión y vasallaje prometidos á los monarcas de Castilla, ó encontraron suficiente apoyo en los Benimerines y otros príncipes africanos, empeñados en sostener este baluarte del ya decadente islamismo; floreció hasta cierto punto, según veremos después, mientras no se gastó ni desvirtuó la influencia saludable del elemento indígena.

Que el reino de Granada se encontraba ya en la segunda mitad del siglo XIV, es decir, á los ciento y diez años de su fundación, en gra-

ve decadencia, así moral como material, lo prueba el testimonio irrecusable de su principal historiador Ibn Aljathib en ciertos pasajes de su curioso libro titulado ***El justo peso de la experiencia***, donde se contienen los elogios y los vituperios de las distintas poblaciones de este reino. A cuyos preciosos pasajes servirá de oportuno preámbulo la siguiente advertencia del insigne arabista M. Reinhart Dozy, que, al tratar del mencionado libro, se expresa así: «En ninguna otra parte se encontrará una descripción tan exacta é imparcial de Andalucía en el siglo XIV, y puede servir para desechar tanta representación poética ó falsa (como hallamos en otros descriptores). Hay hartas quejas sobre la rudeza de los habitantes de algunas poblaciones: muchas de las pequeñas eran verdaderas cuevas de bandidos. Aun en las ciudades grandes como Málaga y Granada parece que la limpieza dejaba mucho que desear.»

En efecto, por un documento tan luminoso se ve claramente que la barbárie, la ferocidad, la discordia civil y el bandolerismo imperaban en las poblaciones de ménos importancia (1), y aún en algunas ciudades como Guadix, Archidona y Antequera; que la bella Loja era un laberinto de calles angostas y súcias; que Al-

mería había decaido ya de aquella prosperidad que la industria y el comercio le habían proporcionado en los siglos anteriores; y en cuanto á las dos capitales más principales de este país, como Granada y Málaga, sus grandezas y glorias se hallaban mezcladas con hartas miserias. Al describir Ibn Aljathib la hermosa y excelsa metrópoli de este reino, deplora la oscuridad y desaseo de las calles, el deterioro de los edificios, ya en gran parte ruinosos, las malas condiciones de las viviendas, la escasez y penuria que solían sentir sus habitantes con la tasa de los comestibles y lo gravoso de los impuestos, la avaricia de los ricos, la interrupción de la industria y del tráfico en medio de las mayores necesidades, la poca afabilidad y cortesía de los moradores para con los vecinos y los forasteros, el lujo desenfrenado de las mujeres, el menosprecio de los hombres respetables, el malestar y angustia que todos sentían allí, así las personas pudientes como las menesterosas, y por remate de todo, la corta duración de la vida.

Pues el estado de Málaga no era ménos deplorable. Lamentábase Ibn Aljathib de que sus calles eran, por su estrechura y tortuosidad una selva intrincada; de que en los extremos de la ciudad abundaban los muladares;

de que el arrabal de los leprosos estaba muy poblado, sin que el resto de los vecinos tomase las debidas precauciones contra el contagio; de que las aguas de pozos, que abastecían al vecindario á falta de fuentes, se corrompían fácilmente por falta de limpieza; de que en el pueblo malagueño abundaban los borrachos y los pendencieros con harta molestia de la gente pacífica, y de que aprovechaba poco la baratura de los comestibles por lo mucho que sus vendedores robaban en el peso. Notábase, en fin, según dicho autor, una segura decadencia en lo tocante á la ciencia y á la literatura, menospreciadas al par con sus cultivadores por la muchedumbre popular, en el lustre y esplendor de la antigua nobleza, oscurecida ó extinguida con el trascurso del tiempo, y, finalmente, en los edificios que empezaban á desaparecer al par con sus habitantes, viéndose páramos y ruinas donde ayer se allegaban tesoros y preseas.

De la decadencia moral de aquel estado dan fe asimismo las intrigas, escándalos y crímenes de la córte; los contínuos desórdenes y atrocidades de monarcas y de súbditos, las interminables reyertas de los emires y magnates, las repetidas insurrecciones, y en suma, las incesantes discordias civiles que facilitaron

á los Reyes Católicos la conquista de aquel país (2). «Desde el reinado de Mohammad III de este nombre, que empezó en 1417 (según escribe un diligente arabista de nuestros días), comenzaron de nuevo las fatales disensiones que ya no habían de tener término hasta la total destrucción del poder muslímico en España. De aquí en adelante la historia de Granada se reduce á una série no interrumpida de motines, asesinatos, rebeldías, venganzas parciales y rencores de partidos, causas todas suficientes para desconcertar, no ya un débil y apocado reino, sino aun el más floreciente, poderoso y bien organizado imperio» (3).

Pues tal es la realidad histórica del reino fundado en Granada por los emires Nazaritas, conviene para desvanecer errores y preocupaciones de algunos autores modernos, investigar en los elementos constitutivos de aquella sociedad las causas de los varios y al parecer opuestos fenómenos que presenta, cubriendo con el manto de una brillante cultura rasgos indudables de profunda corrupción y estupenda barbarie. Al estudiar la historia de este reino durante el dominio sarracénico, hallamos en primer lugar á los Arabes que, empeñados á todo trance en conservar la superioridad que les correspondía por el doble título de

conquistadores y de propagadores del islamismo, lograron después de grandes luchas con los demás partidos y entre sus mismas razas fundar en 1238 el principado de los Nazaritas, tan celebrado en nuestra historia.

En realidad, no fueron muchos los Arabes establecidos en este suelo. Pocos de ellos debieron ser los que Thâric ben Ziyâd puso de guarnición en Granada, con un número muy superior de Judíos, al tiempo de su primera conquista (4) y los demás que acudieron á estas tierras, hasta su completa sumisión, bajo el virreinato de Abdalaziz (5). Tampoco debieron ser muy numerosas, ni exceder de algunos millares de personas las colonias de Arabes damascenos y ribereños del Jordan, que vinieron con el caudillo siriaco Belg, y que el virrey Abuljatthar estableció en las provincias de Elbira (Granada), y Reya (Málaga), por los años de 744 (6). Es cierto que según el mencionado Ibn Aljathib (7), en su tiempo, ó sea á mitad del siglo XIV, había en la capital de este reino Arabes de las cabilas más antiguas y principales de la Arabia, que enumera prolijamente (8); pero éstos, que debieron venir en la gran inmigración de musulmanes de todo linaje y raza, verificada en este territorio á mitad del siglo XIII, después de las memora-

bles reconquistas de Jaen, Córdoba y Sevilla, no debieron ascender á una gran muchedumbre, á juzgar por un dato muy importante que alegaremos dentro de poco, y por donde consta que entre los habitantes de Granada á principios del siglo XIV, el elemento arábigo y africano era muy escaso con respecto á la suma total de la población.

Pero los Arabes, además de su corto número en este reino, no era un pueblo civilizador, ni literato, ni artista, ántes bien grandemente refractario á la vida social, á las doctrinas de buen gobierno y al cultivo de las ciencias y artes. Así lo confiesan sus mismos autores, especialmente uno de los más insignes, el célebre Ibn Jaldón de Túnez (9), afirmando que entre todos los pueblos del mundo, el árabe, por sus aficiones nómadas, es el más incapaz é inepto para constituir un estado y para cultivar ciencias, letras y artes. M. Reinhart Dozy, con ser tan apasionado de los árabes reconoce (10) que ellos no llevan consigo gérmenes de desarrollo, adelanto y progreso; que con su pasión por la independencia personal y su carencia absoluta de sentido politico parecen incapaces de plegarse á las leyes de la sociedad, y que no por impulso propio, sino por su contacto con los pueblos vencidos, llegaron á cul-

tivar las ciencias y se civilizaron en cuanto les era posible.

A fuerza de prolijas investigaciones, emprendidas con ardor y preocupación sobre los documentos históricos y literarios escritos en lengua arábiga, la crítica moderna desapasionada reconoce por boca de católicos y de racionalistas que la ciencia arábigo-muslímica, recibida de maestros cristianos en el siglo II de la hégira, carece de originalidad y carácter propio. Así lo prueba con muchos datos y autoridades el célebre orientalista Mr. Félix Néve, honra de la universidad católica de Lovaina (11). El ilustre indianista Mr. Cárlos Lassen (12) no ve en el Islám más que un principio negativo, y en la ciencia arábigo-muslímica préstamos recibidos de los Griegos y de los Indios. Mr. Reinhart Dozy, además de afirmar que no hay religión ménos original que el islamismo (13), confiesa que los Arabes, dotados de escasa imaginación (14), son el pueblo ménos inventor del mundo; que sus poetas carecen juntamente de invención y de idealismo; que los cuadros fantásticos de las ***Mil y una noches*** son de orígen persa ó indio, y añade: «Finalmente, cuando los Arabes, establecidos en inmensas provincias conquistadas con la punta de la espada, se han ocupado en

asuntos científicos, han mostrado la misma ausencia de potencia creadora. Han traducido y anotado las obras de los antiguos; han enriquecido ciertas especialidades con observaciones pacientes, exactas y minuciosas; mas no hán inventado cosa alguna, no se les debe ninguna idea grande y fecunda.» (15).

Por efecto de estas condiciones y de su aversión á la vida sedentaria y social, los Arabes fueron en los tiempos pasados, como lo son hoy, de los pueblos ménos sábios y artistas del mundo. Ineptos para la filosofía, según confiesan sus mismos autores (16), corrompieron y viciaron las doctrinas aristotélicas (17), y hallando contradicción entre los estudios racionales y las doctrinas alcoránicas, persiguieron de muerte, sobre todo en España, á los filósofos y astrónomos (18). En cuanto á las bellas artes, exceptuando la poesía, en que con más ó ménos ingenio y gusto produjeron muchas obras, de todas ellas apenas cultivaron sino la arquitectura, por ser la más necesaria y material de todas (19). Pero la poesía arábiga, así la antigua como la moderna, aunque copiosa en número de composiciones, no puede sostener comparación con la griega y la latina, pues segun ha observado M. Dozy, dicha poesía carece del género épico y aún del narrati-

vo: «Exclusivamente lírica y descriptiva, no ha expresado jamás otra cosa que el lado poético de la realidad.... La aspiración hácia lo infinito, hácia lo ideal, les es desconocida, y lo que desde los tiempos más apartados ha merecido su preferencia, es la propiedad y elegancia de la expresión, el lado técnico de la poesía.»

Pues en cuanto á la arquitectura, debe tenerse muy en cuenta que, á diferencia de los Griegos, de los Romanos, de los Hispano-Romanos y de otros pueblos, los Arabes fueron muy poco aficionados á edificar (20), y que la mayor parte de las construcciones que se llevaron á cabo bajo su dominación, asi en España como en el Africa y en el Oriente, fueron obra de artífices cristianos é indígenas, ya Mozárabes, ya Muladíes, ya cautivos (21). Doctos arqueólogos y críticos afirman que en el órden arquitectónico, como en el científico y literario, los Arabes no han creado ni inventado cosa alguna; que cuando no fueron tributarios de la antigüedad oriental, se hicieron imitadores del Occidente cristiano (22), y, sobre todo, de la España visigoda (23). El ya citado Ibn Jaldon confiesa (24) que en arquitectura los Arabes se mostraron harto inferiores á las naciones antiguas. Por último, á jui-

cio de autores competentes (25), del arte arquitectónico los Arabes no han cultivado con éxito sino la parte decorativa ú ornamental.

Colígese de todo esto la impotencia de los Arabes para comunicar su cultura á los pueblos sometidos, y sobre todo á aquellos que los superaban incomparablemente en letras, ciencias y artes, como lo eran al tiempo de la conquista los habitantes de la Siria, del Egipto y de nuestra España (26). Además, según hemos notado en otra ocasión (27), cuando los Arabes invadieron nuestra Península, año 92 de la hégira, eran un pueblo nómada, guerrero y ciertamente bárbaro, muy distante aún de la cultura, que llegaron á conocer posteriormente bajo la dinastía oriental de los Abbasistas. M. Dozy corrobora nuestra opinión diciendo (28) que cuando los Arabes entraron en España eran todavía los verdaderos hijos del desierto, y sólo se ocupaban en continuar sobre las orillas del Tajo ó del Guadiana, las luchas de tribu contra tribu y de pueblo contra pueblo, que habían comenzado en Arabia, en Siria y en Africa. Por lo tanto, ¿no es lícito suponer que la raza árabe introdujese en nuestro país, tan civilizado entonces, nada importante en letras, artes y ciencias, sino que, por el contrario, aquí, y bajo el docto magisterio de los

cristianos indígenas (como les sucedía al mismo tiempo en las regiones orientales), fueron aprendiendo los conocimientos compatibles con sus aptitudes naturales y espíritu nacional. Harto hicieron los Arabes con imponer su religión, su lengua y por largo tiempo su dominación á otras muchas razas y naciones; pero no así su ciencia ni su civilización, por no tenerlas propias ni ser aficionados á las artes de la paz.

Finalmente y contrayéndonos á este reino de Granada, sabemos por la historia que los Arabes que se estableeieron en este territorio conservaron constantemente su carácter altivo, fiero é ingobernable, siendo el azote de las demás razas. De ello quejábase amargamente Ibn Aljathib en sus celebrados ***Elogios y vituperios***, diciendo que los naturales de Andarax eran Arabes beduinos, muy á propósito para la guerra y matanza de los enemigos, pero propensos á desmanes, y los fuertes opresores de los débiles; que los de Purchena conservaban las aficiones y costumbres de sus antepasados los Arabes beduinos, siendo, como ellos, muy arrogantes, muy dados al rencor y á la enemistad, á la vida alegre y disoluta, al vino y las borracheras; y que los de Guadix, cuya ciudad se llamó también ***Medina Beni Sumi***

por haberse establecido allí la tribu arábiga de Beni Sami, eran orgullosos y provocativos, metidos siempre en riñas, discordias y trastornos, prontos á desnudar los alfanges, y muy aficionados á toda vanidad y locura. Tales fueron los Arabes domiciliados en estas hermosas tierras, y tales continúan siendo en las desdichadas regiones donde aún imperan.

II

Pues si á los Arabes no debe atribuirse en buena crítica el grado mayor ó menor de esplendor y cultura á que llegó el reino de Granada, tampoco fuera razonable atribuirlo á otro pueblo musulmán que alcanzó mucha influencia en los destinos de este país. Aludimos á los Bereberes y Moros de Africa que, como es sabido, acudieron en mayor número que los Arabes á la conquista de nuestra península, y de los cuales grandes muchedumbres se establecieron aquí en diferentes épocas, al tiempo de la primera invasión, bajo el gobierno del hagib cordobés Almanzor (siglo X), y en las sucesivas irrupciones de Almoravides y Almohades.

Por el historiador granadino Ibn Aljathib, sabemos que en la segunda mitad del siglo XIV abundaban en este territorio los naturales ú oriundos de las tribus berberiscas de Achisíes, Gomeres, Magrawitas, Tichaníes, Zenetes y Benimerines, preponderando así en el pueblo como en el ejército. Gracias á esas muchedumbres, los Bereberes lograron durante largo tiempo sobreponerse á los Arabes; y desde la caida del califato cordobés á principios del siglo XI, hasta el advenimiento de la dinastía Nazarita en 1238, predominaron en esta región y en una gran parte de Andalucía. Pero estas gentes, muy semejantes á los Arabes en sus aficiones y costumbres (29), y compitiendo con ellos en ferocidad y fanatismo, eran aún más rudos y hostiles á la civilización, y no importaron á la arábigo-andaluza ningún elemento nuevo, sino gérmenes poderosos de anarquía y de barbarie (30). Entre los grandes estragos causados por su vandalismo, la España árabe lamentó la desolación de los magníficos y maravillosos alcázares á tanta costa erigidos en Córdoba bajo la dinastía Umeya (31). En el año 1013 de nuestra era, la raza bereber fundó en Granada el reino y dinastía de los Ziritas, que subsistió hasta el de 1090. Debióles esta ciudad el recobrar la antigua capitalidad de la pro-

vincia, que los Arabes habían trasladado al vico no lejano de Caslella ó Castilia (32), y ciertas mejoras materiales, como la fundación de algunos palacios, casas de recreo y fortalezas al estilo arábigo-andaluz, que conservaron sin alteración; mas no les debió los beneficios de la paz y la prosperidad. La dominación de aquellos africanos fué harto revuelta y calamitosa para esta ciudad y reino, por el mal gobierno de sus emires y por incesantes luchas con los principados vecinos de Córdoba, Sevilla, Málaga y Almería; pues cada uno de ellos aspiraba á engrandecerse á costa de sus confinantes. El más famoso de aquellos sultanes fué Badis ben Habbús, titulado Almutdaffar ó el victorioso, el cual reinó desde 1037 á 1073, y fué un mónstruo de orgullo, de crueldad y de disolución. Pero si este sultán fué sanguinario, no lo fueron menos sus vasallos de la propia raza, pues en 1066 asesinaron en Granada cerca de cuatro mil Judíos, incluso el consejero real Josef ben Samuel ben Nagdela, á quien no le valió la privanza que gozaba cerca del emir, siendo asesinado en el mismo alcázar régio donde se había refugiado (33).

Ni fué más dichoso este reino de Granada bajo la dominación de otros Bereberes, los Almoravides, que en 1090 pusieron fin á la di-

nastía de los Ziritas. Estos bárbaros, aún más rudos y feroces que los anteriores, como recien salidos del desierto, trataron á nuestra península como país conquistado, é incapaces de unificar con un buen gobierno las diversas razas que formaban la España muslímica, solamente pretendieron sojuzgarlas y dominarlas con la fuerza. Durante el imperio almoravide, que subsistió hasta la segunda mitad del siglo XII, el pueblo andaluz, como escribe M. Dozy (34), tuvo un gobierne imbécil y corrompido, una soldadesca cobarde, indisciplinada y brutal y una policía deplorable; las ciudades se llenaron de ladrones y los campos de bandoleros, se paralizaron el comercio y la industria, encarecieron y escasearon los víveres, y se hicieron más frecuentes las incursiones de los cristianos fronterizos. En particular, padecieron mucho los cristianos Mozárabes por la intolerancia y el fanatismo de aquellos africanos que les derribaron sus iglesias (35) y, finalmente, apurando su paciencia, les obligaron á implorar el auxilio del rey don Alfonso el Batallador, que á sus ruegos llevó á cabo, en 1125, aquella memorable expedición en que consiguió libertar á diez mil familias cristianas, llevándolas consigo á sus estados de Aragón. Pero la dominación almoravide fué también in

tolerable y odiosa para los mismos musulmanes andaluces que, hartos ya de tanto depotismo y desgobierno, solicitaron someterse bajo tributo al rey de Castilla (36). Ni lo hicieron mejor los Almohades, también Bereberes, que vinieron después, y que, no sin reñidas luchas con los musulmanes de las demás razas, ocuparon por algún tiempo una considerable porción de Andalucía y este territorio.

Y no valdrá citar, en desagravio de estas gentes africanas, los monumentos artísticos que bajo su dominación se erigieron de una y otra parte del Estrecho, y cuya notable semejanza ha inspirado á no pocos escritores (37) la absurda idea de una eficaz y provechosa influencia mauritana y berberisca en las artes y en la cultura de la España sarracénica. Porque testimonios irrecusables de escritores arábigo-africanos demuestran que las ciencias, las letras y las artes, desarraigadas del Africa occidental por la invasión arábiga y las incursiones berberiscas (38), no empezaron á renacer en aquellas regiones sino con mucha posterioridad á su florecimiento en la España árabe, y cuando arribaron á aquellas costas los Moros emigrados de nuestra península en diferentes tiempos (39), y sobre todo después de reconquistados por los cristianos los territorios

de Córdoba, Sevilla y Valencia. Y en cuanto á los monumentos arquitectónicos construidos desde el siglo XII en adelante en Marruecos, Fez, Tunez, Tremecen, Rabat y otras capitales de Berbería, los escritores arábigos afirman terminantemente que se hicieron á imitacion de los andaluces ó españoles, y con modelos y por artífices procedentes de España (40). Pues si la arquitectura y demás artes arábigo-españolas llegaron á penetrar y predominar en la Berbería durante aquellos siglos hasta el punto de que los mismos escritores arábigo-orientales, según ha notado un crítico de nuestros dias (41), al mencionar algun palacio parecido al de la Alhambra y edificado en Africa, dicen que es un alcázar por el estilo andaluz (42), ¿con cuanta mas razón no supondremos con otro crítico no menos competente (43), que los monumentos arábigo-granadinos nada deben á la influencia africana, y no deben llamarse moriscos?

El descontento contra la dominación berberisca contribuyó eficazmente al establecimiento del reino Nazarita de Granada (en el año 1238 de nuestra era); más para llevarlo á feliz término en medio de las turbulencias de aquella época, fué preciso que su fundador, Mohammad Alahmar, se sometiese á la protección del

rey de Castilla, que lo era á la sazón San Fernando, reconociéndose como vasallo y feudatorio suyo, obligándose á asistirle con tributos y soldados, y ayudándole á la expugnación de Sevilla. Así nació y pudo sostenerse largo tiempo este ponderado reino árabe de Granada, siendo desde su principio súbdito y tributario de la gloriosa monarquía castellana y leonesa.

Como queda dicho, los Nazaritas, que reinaron en Granada hasta fines del siglo XV y completa restauración de la España cristiana, fueron de estirpe árabe, y construyeron notables monumentos arquitectónicos; pero su gobierno no fué más afortunado y pacífico que el de sus predecesores, como contrariado constantemente por las antipatías y rivalidades de las diversas razas, por las ambiciones de los jefes de los diferentes partidos, por la insubordinación de las fuerzas militares, en su mayor parte berberiscas, y por el espíritu de independencia, inextinguible en la gente árabe (44).

III

Mas si las bellezas artísticas y literarias que dieron esplendor al antiguo reino de Granada, no deben atribuirse ni al génio de los Arabes ni al de los Bereberes y Moros africanos, tampoco fuera razonable adjudicarlas á la influencia civilizadora del islamismo que unos y otros profesaban (45). Si, como afirma M. Dozy, el génio poético de los Arabes desconoció la aspiración hácia lo infinito y lo ideal, para llenar este vacío y elevarse á mayor altura, les faltó la verdadera inspiración religiosa y un modelo tan poético, tan sublime y tan perfecto como el de la Sagrada Escritura (46), que no pudieron compensar con el texto alcoránico, tan disparatado y falto de razón cuanto desprovisto de belleza estética (47).

No negaremos que entre las bellezas y delicias que atesoró la morisma de Granada, hay algo que especialmente se podría atribuir á la civilización muslímica, y que ciertamente no la envidiamos. Aludimos á la deleitosa multitud de palacios y sitios de recreación, que bajo la dinastía de Nazar hermoseaban este suelo, convirtiéndolo en una especie de paraiso terrenal. Nosotros convenimos con el infatigable

viajero Ibn Batutha, de Tánger (48), que había recorrido la mitad del orbe, desde las costas del Atlántico hasta los extremos orientales de la India y de la China, en que los alrededores de Granada no tenían rival en el mundo; y con el célebre Pedro Martir, de Angleria (49), cronista de los Reyes Católicos, que entró en esta ciudad á raíz de su reconquista, y que, ensalzando sus bellezas sobre las que naturaleza y arte han reunido en las principales ciudades de Italia, equipara su territorio á los mitológicos Campos Elíseos. También convenimos de buen grado con otro viajero italiano, Andrés Navagero (50), que visitó á Granada treinta y cuatro años despues de su reconquista, en «que cuando esta tierra estaba en poder de los Moros era mucho mas hermosa que lo es en el día». En efecto, bajo la dominación sarracénica no estaban desnudas y yermas como hoy las alturas que coronan y rodean el monte de la Alhambra, sino pobladas de vergeles y de alcázares, surcadas por acequias y regadas por fuentes.

Las riberas del Darro y los collados que lo abrigan eran aún más amenos y frondosos que hoy, todos vestidos de verdor por ambas márgenes, poblados de casitas con sus correspondientes jardincitos y metidas de tal modo en-

tre árboles, que parecían estar dentro de un bosque. Todo el contorno de Granada estaba cuajado de casas de recreo, fuentes y vergeles; todo cultivado y copiosamente regado, todo vistoso y placentero á maravilla (51). Claro es que esta lozanía y belleza se debía, en gran parte á la natural amenidad y fertilidad del terreno, tan abundante en agua, y á su pintoresca situación, así como también á labores y procedimientos agrícolas practicados desde remota edad y con mucha anterioridad á la invasión sarracénica (52) y conservados por la raza indígena; pero tambien en gran parte se debe adjudicar al sensualismo mahometano. Esta observación no escapó á Marineo Sículo (53) cuando llamó á los maravillosos alcázares y sitios de recreación de los Moros granadinos *luxurias y deleites de los reyes*; ni al mismo Navagero, cuando escribía: *por lo cual de tantos restos de lugares de recreo se puede colegir que los reyes moros no omitian cosa alguna para el placer y la vida regocijada.*

Este sensualismo, que igualmente condenamos en los Moros que en los materialistas modernos, no pudo ménos de influir desventajosamente en las artes y letras de aquel reino arábigo y musulman. En vano un escritor moderno, muy entendido en materia de arte, pe-

ro apasionado excesivamente del arábigo (54), ha pretendido vindicarlo de la fea nota de sensualismo con que lo tildan y rebajan muchos críticos modernos no menos competentes. Entre otros, D. José Jimenez Serrano, en su *Manual del artista y del viajero en Granada* (55), con notable precisión se expresa así: «En arquitectura no carecieron los Arabes de yerros esenciales, pues crearon un género particular á propósito para la voluptuosidad y los placeres, tan poco sólido como los goces mundanos y tan seductor como ellos: espejo de su religion, de sus costumbres y de sus leyendas.» Otro escritor, coetáneo nuestro y no menos entendido en bellas artes, el Sr. D. Pedro de Madrazo (56), considera los suntuosos alcázares de Córdoba como representación genuina de la magnificencia, del lujo y del sensualismo del califa Abderrahman III y del hagib Almanzor, y añade muy á nuestro propósito lo siguiente: «Tanta prosperidad material, tanta grandeza, tanta ostentación y lujo, tanta sabiduría en las ciencias y en las artes *voluptuarias*, cómo pudieron desaparecer tan pronto? Ah, si; desaparecieron porque no era duradera la base sobre que descansaba el portentoso simulacro de civilización que los califas habían dado al mundo.» Y

en otro lugar (57): «Esta que llamaremos *poesía de la ornamentación* de los Arabes, es semejante... á la de su literatura: nace de un voluptuoso refinamiento, más que de una verdadera elevación de ideas.

A este grosero materialismo incapaz de toda elevada inspiración y vuelo sublime, más que á condiciones de raza, como algunos suponen (58), se debe en nuestro concepto la gran inferioridad que presentan los monumentos arquitectónicos más importantes del arte arábigo-muslímico en comparación con los del arte cristiano. El eminente literato D. Juan Valera, que pagó notable tributo á las aficiones arábigas, traduciendo del alemán al castellano el interesante libro del Sr. D. Adolfo Federico de Schack, titulado *Poesía y arte de los Arabes en España y Sicilia*, dice así (59): «Aunque yo me admiro de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, mi entusiasmo no raya muy alto. No lamento y deploro tanto como otros el que se haya levantado un templo cristiano en el centro de la soberbia fábrica de Abderrahman. Todavía me parece aquel templo cristiano más noble y hermoso que el arábigo que lo circunda; y los primores de la celebrada capilla llamada vulgarmente del Zancarrón no llegan, en mi sentir, á los primores de la

sillería del coro ni á la gracia y belleza de uno de los púlpitos (60).»

Por su parte el Sr. de Schack (61), aunque extranjero y protestante, y grande admirador de la cultura arábiga, además de afirmar que en la primorosa y fantástica exornación de la aljama cordobesa, quisieron nuestros musulmanes formar un trasunto de su mahométicó Edem, reconoce que aquel edificio, muy lejos de competir en perfección artística con el Partenón ó la catedral de Estraburgo, asi en su conjunto como en sus pormenores, muestra muchos defectos y lleva el sello de un arte poco adelantado. «No se nota aquí (añade) la armonía nacida del más alto sentimiento de la belleza é iluminada por la divina serenidad del templo griego, que por todos lados manifiesta la perfección en la arquitectura, ni se advierte tampoco la maravillosa creación de la catedral gótica, levantada sobre colosales pilares de piedra, la cual arrebata la mente hácia los cielos con un rapto poderoso; porque de todas sus partes transpiro una vida arcana, y todas concurren á formar como un gran símbolo de la fe, propio y adecuado centro de la piedad y de las profundas meditaciones, lleno de severas imágenes de mármol y de flotantes figuras luminosas en las ventanas, al través de las

cuales se difunde sobre los fieles que oran un resplandor místico, algo como un rayo de la gloria divina »

Pero, ¿á qué amontonar autoridades en un punto en que basta la razón? Negar ó desconocer el sensualismo en los monumentos del arte musulman es negar que las ideas, las creencias y el espíritu de cada pueblo se reflejan de ordinario en sus manifestaciones literarias y artísticas, negar que las diversas formas del paganismo se revelan en los antiguos monumentos de Asia y de Egipto, de Grecia y de Roma, y la ardiente fe cristiana de los siglos medios en la arquitectura gótica ú ojival. Si en el islamismo todo huele y apesta á liviandad, si los críticos convienen generalmente en el sensualismo literario de los Arabes y mahometanos, con más razón debemos atribuir este carácter á su arquitectura, por ser cabalmente este arte el que más se acomoda á la vida, usos y aficiones de los pueblos y por ser sumamente viciosas y disolutas las costumbres de aquellos sectarios (62). Al construir á tanta costa y con tanta profusión unos sultanes y magnates tan dados al regalo y al placer, unas mansiones tan deliciosas, ¿qué puede suponerse que pretendieron sino realizar en la tierra, por medio de palacios y jardines,

la sensual belleza del paraiso prometido por Mahoma á su grey? Por eso un insigne poeta moderno (63) ha llamado á la Alhambra:

«Eden terreno
Modelado en el Corán.»

y á sus lindos aposentos:

«Alcázares dorados,
Misteriosamente alzados
Del placer para mansión.»

Nada más sensual y voluptuoso que la imágen del paraiso celestial ofrecida por Mahoma á sus sectarios; paraiso que, según el abad mozárabe Esperaindeo (64), no debía llamarse paraiso sino lupanar y lugar obscenísimo (65) y que, según César Cantú, participa de lupanar y de figón. Pues tal imágen, que el fundador del islamismo presentó con prolija insistencia (66) á la carnalidad de sus compatriotas, no pudo menos de reproducirse en la vida íntima de los musulmanes y, por consiguiente, en su arquitectura, en la traza y ornato de aquellos mágicos alcázares y floridos jardines, en que nuestros musulmanes amontonaban mujeres, joyas, tesoros y delicias, imaginando, en contra de su misma fe, que el vergel del paraiso, según cantaba uno de sus poetas (67), no existe sino en la región del *Andalus* ó península española.

IV

Colígese de todo esto que hay que buscar fuera de los Arabes, de los Berberes y de las doctrinas alcoránicas, tan opuestas á todo progreso racional y civilización verdadera, la parte más principal y noble del esplendor literario y artístico que hallamos representado en la historia y en los monumentos arábigo-granadinos. A diferencia de los africanos y orientales, los musulmanes de nuestro país, según observa un historiador arábigo (68), fueron muy dados á mejorar y embellecer sus artefactos, perfeccionándolos con suma prolijidad y fatiga; por consiguiente, fueron menos refractarios al progreso y al idealismo que sus correligionarios de otras regiones. Más, ¿dónde hallaremos la razón de una diferencia tan considerable? Esta investigación nos será fácil, admitiendo con el historiador tunecino Ibn Jaldón (69), que la perfección y subsistencia que las artes lograron en varios puntos de la España sarracénica, se debió á una tradición conservada á través de varias dinastías desde la edad visigótica (70). Semejante tradición

debieron trasmitirla los indígenas; así los Mozárabes, que conservaron su fe cristiana, y con ella los demás elementos de su civilización, como los Mulladíes, ó sea los Españoles renegados, que al arabizarse y hacerse musulmanes, mantuvieron de su antigua cultura hispano-romana todo aquello que era compatible con el islamismo y aún no escasa parte de su espíritu cristiano y nacional (71). En este país, donde las ciencias y las letras habían florecido tanto durante la dominación romana y la visigoda, debió acontecer bajo el imperio arábigo-muslímico lo mismo que afirma el tantas veces citado Ibn Jaldón (72) con respecto á las regiones orientales: que no fueron los Arabes, dedicados con predilección á las armas y cargos políticos, los que cultivaron con tanto ardor la ciencia y la literatura en el brillante período de los Abbasitas, sino los indígenas de los territorios sometidos, es decir, los Mozárabes y los Mulladíes.

Aunque no poco maltratados y perseguidos, los Mozárabes subsistieron durante cuatrocientos cincuenta años en Andalucía, y particularmente en este reino de Granada, donde tenía grande arraigo la fe católica (73), conservando juntamente con su fe su propia cultura y espíritu nacional, teniendo templos que

eran verdaderas maravillas de arte (74), Obispos tan insignes como Recemundo de Iliberri y Julián de Málaga, y según cuenta un autor arábigo (75) gefes de su misma raza y religión sobremanera entendidos y hábiles, y particularmente el último apellidado Ibn-Alcallás, que fué muy nombrado y gozó de grande consideración entre los gobernadores musulmanes de la provincia. Pero los Mozárabes, apartados de los muslimes por el abismo de las distintas creencias, no podían ejercer en ellos una influencia tan activa y eficaz cuanto era menester para corregir la rudeza y modificar los gustos de Alárabes y Berberiscos. Esta influencia la ejercieron más inmediata y poderosamente los Mulladíes ó Españoles renegados, que al abrazar la ley y la lengua de Mahoma, venían á constituir con sus sectarios, aunque no sin antipatía de razas, un solo cuerpo de nación. Como consta por la historia y lo afirma Mr. Reinhart Dozy (76) á propósito de las discordias civiles que desgarraron la España sarracénica en la segunda mitad del siglo IX, los Mulladíes constituían la parte más numerosa, más ilustrada é inteligente de la población, contaban en su seno mucha gente noble y acaudalada, y abrigando el sentimiento de su fuerza material y moral, en más de una

ocasión se sublevaron victoriosamente contra las demasías de los sultanes, poniendo á punto de ruina la potente monarquía cordobesa. Aunque por diferentes motivos habían desertado de la fe cristiana, muchos conservaban de ella un piadoso recuerdo; y al verse ultrajados por el orgullo y egoismo de los Arabes y por el menosprecio de los musulmanes viejos, se aferraban más en las tradiciones de su raza y en el espíritu de su antigua nacionalidad.

Los Mulladíes llegaron á ser muy numerosos en esta ciudad de Granada y su territorio, donde muchos Mozárabes se habían islamizado ya movidos por el aliciente de varias ventajas que esto les proporcionaba, ya por el miedo de las persecuciones y por eximirse de los pesados tributos que les imponía la codicia de sus dominadores. Principalmente la población agrícola, que aquí abundaba mucho, merced á la feracidad del suelo, aprovechándose de las franquezas y beneficios que la ley mahometana concede á los islamizados, había logrado por este medio conseguir su libertad y librarse del odioso impuesto de la capitación. Las conversiones al islamismo, ya numerosas desde los reinados de Abderrahman II y Mohammad I de este nombre (77), se aumentaron considerablemente bajo las dinastías de los Almoravi-

des y Almohades, y principalmente bajo la de estos últimos, que impusieron pena de destierro á cuantos cristianos ó judíos no abrazasen las creencias muslímicas. Y aunque después de reconquistadas por S. Fernando las ciudades de Jaén, Córdoba y Sevilla, mucha gente arábiga y berberisca vino á establecerse en este país, todavía á principios del siglo XIV de nuestra era, la población de la ciudad de Granada mostraba evidentemente que se componía en su mayor parte de Mulladíes ó descendientes de cristianos. Así consta por un documento importante alegado por nuestros historiadores Zurita (78) y Mariana (79), ó sea por la relación que los embajadores del rey D. Jaime II de Aragón hicieron al Sumo Pontífice Clemente V en el Concilio General de Viena (año 311), afirmándole como cosa notable y cierta que de doscientas mil personas que á la sazón moraban en Granada, apenas se hallaban quinientas que fuesen Moros de naturaleza, porque casi todos eran descendientes de cristianos; que había en ella cincuenta mil renegados (80) y pasaban de treinta mil los que estaban cautivos en aquel reino. Cuya cuenta, aunque algo exagerada, se confirma por varios documentos y testimonios, entre ellos el del celebrado historiador granadino Ibn Aljathíb (81),

el cual asegura que en su tiempo, es decir, en la segunda mitad del propio siglo, entre los habitantes de Granada, al par con los de linaje arábigo y berberisco, había muchos de orígen extranjero.

Por conducto de unos y de otros, Mozárabes y Mulladíes, la España sarracénica recibió de la visigoda los caracteres especiales que distinguen su ponderada civilización y que la aventajan sobre la desarrollada por los mulsumanes en Africa, y aún en las regiones orientales. Así consta de muchos descubrimientos y estudios realizados de pocos años á esta parte, y que han venido afortunadamente á desvanecer las preocupaciones y antojos de escritores anteriores, aficionados en demasía á las cosas arábigas y muslímicas. Gracias á tales descubrimientos y estudios, hace ya más de veinte años que un insigne erudito español (82) pudo escribir las siguientes palabras: «Si hubo, pués, como creemos que hubo, algo de peculiar, de distinto, de propio, en la civilización hispano-muslímica, que vino á distinguirla de la general civilización mahometana, nos parece que más bien debe atribuirse al influjo de los Españoles mismos que al de los rudos y advenedizos Bereberes: fué *el estilo andaluz* y no el estilo morisco.» Ya muchos años antes un lite-

rato y crítico infatigable (83), al estudiar con admirable erudición y sagacidad el desenvolvimiento de nuestra literatura durante el largo y calamitoso período de la dominación sarracénica, ganoso de vindicar contra suposiciones extravagantes y absurdas el carácter propio y original de nuestra ciencia y arte, eminentemente nacionales y católicos, había establecido sólidamente el hecho de que así los cristianos libres del Norte como los Mozárabes del Mediodía, no solamente habían rechazado con igual empeño la influencia arábiga y muslímica, sino que, altamente cultos é ilustrados, habian comunicado á sus rudos dominadores una gran parte del saber literario, científico y artístico atesorado en nuestro país bajo la monarquía visigoda.

A las muchas y razonables pruebas aducidas por tan sábio crítico hemos hallado confirmación en testimonios de autores arábigos y en importantes documentos de a España muslímica y de la cristiana (84). Por ellos consta que los cristianos mozárabes, así en España como en el Oriente, siguieron cultivando, según se lo permitía su desdichada situación, las letras, ciencias y artes heredadas de sus mayores; y como (sin olvidar su idioma pátrio, que en España era el latin y en el Oriente el

siriaco, griego ó copto) cultivasen con aprovechamiento la lengua árabe hablada por sus dominadores, tradujeron á ella muchas obras clásicas, é iniciaron á los Arabes y Moros (refractarios al estudio de los idiomas extranjeros) en diversas artes, ciencias y conocimientos que hasta entónces habían ignorado. Gracias á versiones arábigas hechas del latín, y acaso tambien del griego, por los Mozárabes, los musulmanes andaluces lograron conocer la famosa obra de agricultura de nuestro gaditano Junio Moderato Columela, las historias de Orosio, las doctrinas médicas de los autores helénicos y algunos escritos de Aristóteles. Y por lo que toca especialmente á este territorio granadino, en la segunda mitad del siglo X, la silla episcopal de la antigua Iliberri fué ocupada por un astrónomo y filósofo eminente para aquel tiempo, el célebre Recemundo, á quien los Arabes llamaron Rabí ben Zaid (85). También sabemos por el morisco granadino Juan León, conocido por el Africano (86), que reinando en esta capital el emir Almanzor (87) se tradujo del latín al árabe un gran *Tesoro de Agricultura*, dividido en tres partes y manejado en su tiempo por los Moros de Berbería (88).

Ni debieron influir menos nuestros Mozára-

bes en el desarrollo, progreso y perfeccionamiento de la ponderada arquitectura arábigo-andaluza, porque ellos debieron ser, y así se colige de muchos y razonables indicios, los que instruyeron á nuestros musulmanes en los conocimientos arquitectónicos que tanto habían florecido en nuestro país durante la dominación romana y la visigótica, produciendo aquellas maravillas artísticas que deslumbraron los ojos de los Sarracenos conquistadores (89). Baste á nuestro actual propósito observar, con el celebrado Sr. Rios (90), que la imitación hispano-románica y latino-bizantina se nota de un modo evidente en los primeros monumentos de la arquitectura arábigo-hispana, erigidos en nuestro sentir por artífices mozárabes ó mulladíes; y de aquí el que Ambrosio de Morales tuviese por romanas las ruinas de Medina Azzaharà, famoso alcázar construido por Abderrahman III en el siglo X de nuestra era Después de haber causado con su ciega y feroz barbarie enormes estragos en las grandiosas y suntuosas construcciones que revelaban la majestad y poder de los Romanos y la fastuosidad de los Visigodos, al fin sojuzgada su imaginación por la belleza de aquellas obras, y aspirando á semejante grandeza nacional y política, los Arabes y Bereberes no dudaron con-

servar é imitar en provecho propio los trofeos de su grande victoria (91). «Los Arabes (añade otro crítico no menos competente en la historia del arte) (92) no trajeron á nuestra España más ciencia arquitectónica que la que fueron recogiendo á retazos en su ominosa conquista. Pero al encontrarse aquí con un arte hecho y granado como el que habían producido los Visigodos, dóciles alumnos del imperio de Orienfe, arte no desemejante del bizantino en cuanto á las reglas generales de la construcción, ni tampoco en los principales elementos del ornato, amalgamaron fácilmente con sus recuerdos de Asia y del Egipto la impresión actual de lo que tenían á la vista. Este proceder de las tríbus musulmanas, que fundaron el califato de Córdoba, es manifiesto. Sólo así se explica la diferente fisonomía que presentan el arte árabe-cordobés y el arte árabe del Cairo, por ejemplo: sólo así puede motivarse el empleo exclusivo entre nosotros desde el siglo VIII al X, del arco ultra-semicircular, vulgarmente llamado de herradura, que tan característico es del arte visigodo (93) y del árabe español primario; mientras este arco, aún siendo quizás de orígen persa, es de uso casi excepcional en el Oriente; y sólo así también el mantenimiento del capitel corintio ro-

mano, cual lo usaron los visigodos cuando en Bizancio estaba poco menos que proscrito (94).»

Pero estos Arabes y Bereberes, á quienes la ignorancia ó la malicia ha supuesto introductores de la civilización en nuestro suelo, tardaron mucho tiempo en vencer su rudeza y en salir del periodo de imitación artística. Pues como escribe á este propósito otro crítico no ménos competente en la materia (95), «necesario es descender al final del siglo IX y á los comienzos del X, esto es, á doscientos años despues de la invasión, para encontrar las maravillas de la arquitectura cordobesa, que habían logrado, según dicen, su máxima perfección en los alcázares de Azzahrá: á los siglos siguientes pertenecen los más nobles monumentos de este linaje, lo que nos prueba que fueron necesarias algunas centurias para que el génio árabe, fecundado por la savia de otros pueblos, y entre ellos por el hispano-cristiano, alcanzaran su completo florecimiento y madurez.»

V

A tan valiosas autoridades debemos añadir algunos datos recogidos en nuestras lecturas é investigaciones sobre la cultura arábigo-española, y en particular sobre la granadina, objeto especial del presente estudio. De la tradición artística hispano-visigoda y de su influencia en la granadina, dan fe numerosos restos artísticos hallados á legua y media de esta ciudad cerca del pueblo de Atarfe y conservados en el precioso Museo Arqueológico formado por la Comisión de Monumentos de esta provincia; cuyos restos, según observa un crítico muy competente (96), pertenecen al período comprendido entre los siglos VIII y XI, y corresponden al estilo románico y al llamado latino-bizantino, hallándose entre ellas la notable inscripción latino mozárabe de cierto Cipriano que murió en el año 1002 de la era cristiana (97). Del orígen hispano romano de esta ciudad dan evidente testimonio, al par con la historia, monumentos y vestigios que ni la dominación sarracénica ni la acción destructora de los siglos han podido borrar hasta ahora (98).

De orígen hispano-latino son muchos términos de arquitectura y ornamentación que suenan en los documentos arábigo-españoles, y particularmente en los granadinos.

Tal es el vocablo *parthal* ó *partal*, corrupción indudable del castellano *portal* y bajo-latino *portale* y *portallum*, y que en el sentido de pórtico se halla en nuestros autores arábigos al tratar del famoso alcázar de Abderrahman III en Medina Azzahrá (siglo X), del de Badis ben Habbus en Granada (siglo XI), y del mismo palacio de la Alhambra, donde aún se conserva dicho nombre en un sitio llamado *el Partal* (99). De origen vascongado ó ibérico es la voz *calahorra* (100) con que los escritores arábigo granadinos designan comunmente las fortalezas y torres, y especialmente las de la Alhambra. De orígen hispano-bizantino son, á nuestro entender, en el nombre y en la realidad, los azulejos ó mosáicos de piedras menudas y de piezas de barro cocidas y esmaltadas, que con tanta profusión y belleza adornaban los edificios arábigo-españoles, á diferencia de los orientales (101); pues aunque el vocablo *azulejo* no viene del adjetivo *azul*, como algunos han imaginado, sino del arábigo-hispano *azzuláich* ó *azulláich*, éste á su vez es corrupción del latino-greco *asarotum* (102), ó

más bien del bajo-latino *asaroticus*, aplicado por un célebre escritor francés del siglo V (103) á las piedrecitas de los mosáicos ó azulejos *(asaroticus lapillus)*. Igualmente son de procedencia hispano-latina los siguientes vocablos técnicos de albañilería y carpintería que se encuentran en autores arábigo-granadinos y en el famoso *Vocabulista arábigo en letra castellana*, de Fray Pedro de Alcalá (1505) que, como es sabido, contiene el lenguaje hablado por los Moros de este reino: *barrina*, *cartabon*, *cobthál*, *cortal*, *cortina*, *fornáx*, *lachaira* (104) *lathon*, *lauxa* ó *leuxa*, *laxmáx*, *paccat*, *pal*, *párchele*, *pila*, *puchún* y *xerralya*, que corresponden á los castellanos *barrena*, *cartabón*, *codal*, *corral*, *cortina*, *hornaza*, lumbrera, *latón*, *losa*, *argamasa*, *pegar*, *palo*, *porche*, *pila*, *pisón* y *cerraja* ó cerradura (105).

A la influencia de la población indígena debemos atribuir asimismo el uso muy frecuente entre los Moros y Españoles de adornar los edificios, á despecho de la conocida prohibición muslímica (106), con esculturas y representaciones de seres animados. De este uso, que empezó muy temprano y que se extendió á muchas ciudades de nuestra península (107) y aún de Berbería (108), quedan muchos restos

y recuerdos históricos; y por lo que toca á Granada, creemos del caso mencionar la estátua ecuestre del rey Badis ben Habbus, que dió su nombre á la famosa Casa del Gallo (109); y los relieves con escenas de caza, que adornan la pila que el sultán Mohammad, III de este nombre, hizo labrar para la mezquita mayor de la Alhambra; los dos leones marmóreos que hoy se conservan en el cármen de Arratia, llamado vulgarmente de la Mezquita, y, finalmente, los que dan su nombre al cuarto y patio de los Leones, á no ser que estas informes figuras sean de orígen asirio.

La persistencia é influencia del elemento indígena en este reino de Granada se revela á cada paso en los monumentos históricos, filológicos y geográficos que han llegado hasta nosotros. En cuanto á la geografía, bástenos copiar las siguientes palabras de un ilustrado autor de nuestros dias (110): «Sabemos perfectamente que en toda aquella tierra quedó un gran migajón de población romana y gótica que conservó tenazmente sus leyes y su idioma, y con mayor razon los nombres geográficos (111) de rios, montes, ciudades y fortalezas.» En cuanto al lenguaje, de voces hispano-latinas é ibéricas está henchido el ya citado *Vocabulista arábigo* que á fines del siglo XV

compuso fray Pedro de Alcalá por mandato del primer Arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, para facilitar la conversión de los Moros de este reino (112). Asimismo se hallan á cada paso en las escrituras arábigas y en otros documentos de este territorio relativos al período de la dominación sarracénica (113). Es curioso ver como los vocablos de tal orígen abundan en los términos de indumentaria, en los nombres de manjares, de utensilios y usos domésticos, en los de diversas artes y oficios, y en las obras de agricultura, botánica y materia médica escritas por el Thignarí (llamado así por ser natural de Thignar, cerca de Granada), de Ibn Loyón, de Almería, y de Ibn Albaithár, de Málaga (114).

Los apellidos y apodos de orígen español suenan con alguna frecuencia en la historia política y literaria de los Moros de este reino. Bástenos citar á los Benu *Chorg* (Jorge) de Elbira, Ibn *Alpedex*, Ibn *Exquilola*, Ibn *Furcón*, Ibn *Gatha*, Ibn *Moxolyón*, Ibn *Román* Ibn *Vivax*. El *Chorroth*, el *Royo* y el *Thauchol* de Granada; los Ibn *Lobo*, Ibn *Loyón* (León), Ibn *Xalvathór* (Salvador) y el *Racanil* de Almería; los Ibn *Bono*, Ibn *Corral*, Ibn *Dordux*, el *Calápac*, el *Lobo*, el *Partal*, y el

Royol de Málaga (115). A los cuales podemos añadir el de *Adefonso*, nombre de un conde visigodo, progenitor del famoso caudillo Omar ben Hafçon, que tanto se distinguió á fines del siglo IX y principios del X, levantando una gran parte de este reino y de otras comarcas andaluzas contra la monarquía de Córdoba (116).

Entre los literatos y sabios de conocida raza mulladí que produjo este territorio durante la dominación sarracénica, merecen mención especial los *Benu Bono*, de Granada y Málaga, en cuyo número, según creemos, debe contarse el insigne botánico malagueño del siglo XIII Ibn Albaithár (117); el distinguido gramático y retórico Abdallah ben *Vivax* (*Vivas ó Vives*), que fué uno de los maestros del famoso historiador granadino Ibn Aljathíb (118); Abú Otzmán Ibn *Loyón* (León), de Almería, insigne poeta y naturalista, que también dió lecciones á Ibn Aljathib, y dejó escrito un notable poema de agricultura, que se conserva manuscrito entre los códices arábigos de la biblioteca de esta Universidad (119); el distinguido gramático Ibn *Corrál* de Málaga, y el poeta Ibn *Xalvathor* (Salvador), de Almería (120). Granadino, y según otros, Zaragozano, pero de raza española, á juzgar por su apelli-

do, fué el egregio escritor de filosofía y música, llamado vulgarmente *Aven Pace* (121), que murió en Granada el año 1135 de nuestra era (122).

No se diga que entre los literatos y personajes de este territorio que aparecen en la historia, los nombres y apellidos españoles, son bien escasos en comparación con los arábigos; porque, si bien se considera el uso de estos nombres nada arguye en favor de la raza ó linaje de los individuos que lo llevaron; pues los hallamos usados, no solamente por los Mulladíes ó renegados, sino por los mismos Mozárabes. En cuanto á los Mozárabes, ya hemos notado en otra ocasión (123) que usaron con harta frecuencia de nombres arábigos, aunque no muslímicos, y sobre todo aquellos que, investidos de algún cargo ó dignidad, necesitaban tratar con los Arabes y Moros, á quienes eran repulsivos los nombres extranjeros. Baste á nuestro actual propósito citar los ejemplos del obispo eliberitano Recemundo, que entre los Arabes fué conocido con el nombre de *Rabi ben Zaid* (124), y el de *Ibn Alcallás*, que así se apellidaba el caudillo ó jefe de los Mozárabes granadinos que á principios del siglo XII imploraron el auxilio del rey de Aragón D. Alfonso el Batallador (125). En cuanto

á los Mulladíes, estos naturales, según han observado críticos competentes, á fin de hacer olvidar su orígen español y cristiano, que los exponía á los desdenes é insultos de los Arabes y muslimes rancios, solían tomar carta de naturaleza en las tribus árabes ó berberiscas y fingir abolengos de este jaez, aunque algunos de ellos, para más desorientar á los curiosos, se suponían oriundos de la remota Persia (126.)

A la raza indígena pertenecieron muchos escritores y literatos insignes que en las bibliotecas ó catálogos arábigo-hispanos constan como *maulas* ó clientes de los Arabes, entre ellos el famoso Abdelmélic-ben-Habíb, autor del siglo IX, que nació en una aldea cerca de Granada y se apellidó *Assolami*, por ser liberto ó cliente de la tribu arábiga de Solaim. Este Abdelmélic, á semejanza de otro gran talento de la propia raza, el célebre Alí ibn Hazm de Córdoba (127), produjo con pasmoso ingénio y fecundidad multitud de obras en que abarcó casi todos los conocimientos humanos, distinguiéndose como poeta, gramático, retórico, jurisconsulto, tradicionista, médico, historiador, autor de arte militar, y hasta de astronomía (ciencia aborrecida, como ya se dijo, por los musulmanes) habiendo escrito so-

bre estas y otras ciencias hasta mil cincuenta volúmenes y merecido el título de *Alim-al-Andalus* ó el sabio de España (128). También sospechamos que perteneció á la misma raza indígena el célebre Ibn Thofail de Guadix, apellidado Alcaisí, por ser natural ó cliente de la tribu de Cais (129), el cual ejerció en Granada la profesión de médico, y murió en Marruecos, año 1185; y aunque sobresalió en muchos ramos del humano saber, pero principalmente en la astronomía, las matemáticas y la filosofía, es decir, en las ciencias más aborrecidas por los mahometanos (130).

Además de los Mozárabes y Mulladíes, consta que por otro conducto el elemento español ó indígena influyó eficazmente en los usos y artes de los Moros granadinos. Habiendo nacido este pequeño reino bajo la protección y amparo de los monarcas de Castilla y León, á quienes su fundador Mohammad Alahmar se sometió bajo feudo y tributo (131), la monarquía castellana influyó considerablemente sobre esta especie de vasallos. A este propósito leemos en la crónica de Ibn Saíd, escritor granadino del siglo XIII (132) y coetáneo de dicho Alahmar, lo que sigue: «Y con harta »frecuencia los sultanes andaluces y sus mili»cias se visten con el traje de los cristianos

»vecinos, imitándolos en sus armas, y en sus »mantos de escarlata y de otras telas, é igual- »mente en sus banderas y en sus sillas de »montar, y en su modo de pelear con escudos »y lanzones largos para herir de punta; y no »conocen las mazas ni los arcos de los Arabes, »sino que usan los arcos de los Francos, ya »para los cercos de las plazas, ya para uso de »la infantería al ordenar los ejércitos en bata- »lla.» También sabemos que Alahmar adoptó, á imitación de la nobleza de Castilla, un escudo de armas atravesado por una banda, en donde puso por divisa la piadosa frase: *Wa la gálib ille Allah* (solo Dios es vencedor), cuyo escudo se conserva aún en varios monumentos de aquel monarca y de sus descendientes (133).

Admiróse el historiador africano Ibn Jaldón, cuando, visitando á Granada por los años de 1363, vió quebrantadas las prescripciones alcoránicas y muslímicas con figuras y representaciones de séres animados, que halló en los muros y techos de muchas casas particulares, y acaso en los mismos alcázares regios. Del efecto que le hicieron aquellas imitaciones da cuenta en un pasaje de sus mencionados prolegómenos, que dice así: «Un pueblo vecino de »otro que le supera considerablemente, no

»puede ménos de copiarle y remedarle en »gran manera. Esto pasa hoy dia entre los »(Moros) Andaluces por sus relaciones con los »Gallegos (los cristianos de Castilla y León), »siendo de ver cuánto se les asemejan en los »trajes y atavío, usos y costumbres, llegando »hasta el extremo de poner imágenes y simu»lacros en las paredes de sus casas, en sus edi»ficios y aposentos. Quien observe esto con »ojo de sabiduría, no podrá ménos de estimar»lo como indicio de extranjera superioridad y »predominio. Pero el imperio pertenece á Dios» (134).

Ignoramos si por ventura Ibn Jaldón alcanzó á ver las singulares pinturas con retratos de varios sultanes Nazaritas y con escenas harto extrañas al gusto é ideas de los Arabes y musulmanes que adornan las bóvedas de tres camarines en la Sala de Justicia de la Alhambra, cuyas pinturas han llamado poderosamente la atención de varios críticos modernos. Pero sea lo que fuere de la época en que se hicieron (135) y de los artistas que las ejecutaron (136), estos monumentos pictóricos, colocados en uno de los sitios más principales del alcázar régio granadino, corroboran el juicio de aquel insigne historiador, y prueban á cuán alto punto llegó la influencia de la preponde-

rante cultura castellana sobre los Moros de este reino (137).

Finalmente sabemos que cristianos cautivos trabajaron en los edificios y monumentos de la Granada árabe, como en los de Rabat, Mequínez y otras ciudades de Africa. Obra de tales cautivos, que eran muy numerosos en esta ciudad y reino (138), fué la gran muralla conocida vulgarmente por *la cerca del Obispo D Gonzalo*, la cual se extiende por las alturas del Albaicín desde la puerta de Fajalaura hasta la antigua Torre del Aceituno, hoy San Miguel el Alto. Así consta por varios letreros en lengua y escritura castellanas, descubiertos hace pocos años y trazados, según parece, reinando el rey de Castilla Don Alfonso el XI (139). Por una poesía arábiga, que se lee en los muros del patio de los Arrayanes, sabemos que una parte de la Alhambra fué construida por cristianos, cautivados en el cerco y toma de Algeciras por el sultán granadino Mohammad V de este nombre (que reinó desde 1338 á 1359). En cuya poesía, según la versión de D. Emilio Lafuente y Alcántara (140) se lee lo que sigue:

«¡Cuantas veces te acercaste por la mañana á las ciudades de los infieles y por la tarde fuiste árbitro de la vida de sus habitantes!

«Les impusiste el yugo de los cautivos y amanecieron en tu puerta construyendo tus alcázares como servidores tuyos.»

En conclusión, colígese de los datos y testimonios que hemos alegado que, ni al elemento arábigo, ni al berberisco, ni al muslímico, sino al indígena y cristiano, se debe en su mayor parte, el esplendor literario y artístico que admiramos en el antiguo reino Nazarita de Granada, como en el califato cordobés y como en las regiones levantinas de Siria, Caldea, Persía y Egipto bajo el califato oriental (141). Y por si acaso nuestras razones no parecieren bastante fuertes, ó inspiradas tal vez por el sentimiento pátrio, concluiremos apoyándolas en la autoridad de un crítico extrangero muy competente, el sabio y moderno doctor alemán Guillermo Lubke, que en su ya celebrado *Ensayo sobre la historia del arte* (142) se expresa así: «Si el arte árabe se desarrolló en España con más perfección que en los otros paises islamizados, se debe sin duda á las relaciones íntimas de moros y cristianos, de los cuales estos comunicaron á aquellos algo de lo noble, amable y caballeresco que resplandece en todos los ramos de su civilización, ciencias, arte y poesía.»

Granada 28 de Marzo de 1894.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

NOTAS

(1) Como Almuñecar, Velez-Málaga, Comares, Cártama, Cantoria, Andarax, Purchena, Fuengirola y Dalia.

(2) A este propósito deben consultarse: Hernando de Baeza, en su crónica titulada *Las cosas que pasaron entre los Reyes de Granada desde el tiempo del Rey D. Juan de Castilla.» Segundo de este nombre, hasta que los Católicos Reyes ganaron el reino de Granada*; D. Francisco Fernández y González, en su *Estado social y político de los Mudéjares de Castilla*, y D. Miguel Lafuente y Alcántara, en su *Historia de Granada*.

(3) Lafuente Alcántara, (D. Emilio) en sus *Inscripciones árabes de Granada*, páginas 42 y 43.

(4) Véase la crónica árabe *Ajbar Marchmua*, página 25 de la versión de D. Emilio La-

fuente y Alcántara, y Almaccari, I, 166 del texto arábigo, edición de Leiden.

(5) Véase al Sr. Saavedra en su *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, págs. 86 y 127.

(6) Véase á Almaccarí, II, 146 y 147, Ibn Adzari, II, 33, é Ibn Aljathíb en el prólogo de su *Ihatha*.

(7) En su mencionado prólogo.

(8) Cahthanies, Codhaitas, Fihries, Caisitas, Anzaríes, Yyyaditas, Hodzailitas, Gassanitas, Becritas, Absitas, Chodzamitas y Salmaníes. También consta por ciertos nombres geográficos, mencionados por el mismo autor en su *Historia de la dinastía nazarita*, que algunas tribus ó familias de Arabes Yemenitas ó del Arabia feliz, hicieron asiento en Alcalá la Real, Alhendin, Orce, Guadix, Güéneja, Fiñana y Almería, y otros puntos de este reino, aunque se ignora la época de su advenimiento.

(9) En los prolegómenos de su *Historia Universal*, tomo II, páginas 365 y 366 de la versión francesa.

(10) *Histoire des musulmans d' Espagne*, I, 14 y 15.

(11) En su interesante opúsculo *Saint Jean de Damas et son influence en Orient sous les premiers khalifes* (Bruselas, 1861), citando en su paoyo á Lassen. Renan y otros.

(12) En sus *Antiquités indiennes*, III (1158), citadas por Mr. Néve.

(13) En su *Essai sur l'histoire de l'islamisme*, cap. 5.

(14) A nuestro entender lo que más escasea en los poetas y literatos árabes, no es imaginación, sino juicio, razón y buen criterio, cualidades que no suelen andar hermanadas, sino reñidas con el exceso de la imaginación.

(15) *Histoire des musulmans d' Espagne*, I, 12-15. Las observaciones de Mr. Dozy, y principalmente la última, son de mucha importancia, pues dan al traste con la pretendida influencia literaria, científica y civilizadora del pueblo árabe.

(16) Por ejemplo, Hachi Jalifa, en las ilustraciones preliminares á su *Lexicon bibliographicum Encyclopedicum*, tomo I, pág. 77.

(17) Véase sobre este punto á Luis Vives en su obra *De causis corruptarum artium*, y entre los modernos á José Prisco, Cesar Cantú, Amador de los Rios, Humboldt y otros muchos.

(18) Véanse las *Analectas* de Almaccarí, I, 136, Ibn Adzari, II, 314 y siguientes; monsieur Dozy. *Hist. des mus.*, III 176 y 177, etc., etc.

(19) El Sr. D. Juan Valera, en la adver-

tencia preliminar á su traducción española de la obra titulada *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, por A. F. de Schack, después de advertir la falta de originalidad de la ciencia y cultura arábiga y aun de su misma poesía, añade: «En las artes tampoco tienen los Arabes nada propio, si se exceptúa la arquitectura.»

(20) Así lo reconocen el historiador arábigo Ibn Jaldón y el célebre arabista M. Reinhart Dozy en sus *Recherches sur l'hist. et la litt. de l'Espagne pendant le moyen âge*, tomo I, página 335 de la 3.ª edición. En prueba de esto mismo, puedo citar el autorizado parecer de un moderno é ilustrado viajero francés, el coronel J. Sancery, que ha recorrido gran parte del Africa y reconocído sus antiguos monumentos de la época romana, el cual en cierto estudio acerca de los que conserva esta ciudad, escribe: »Les Arabes n'ont jamais »construit, n'ont jamais eu l'idée de construi»re quoique ce soit, alors qu'ils n' y etaient »pas imperieusement obligés. L'Arabe est nomade et guerrier, etc.»

(21) Entre los muchos datos y testimonios que podríamos aducir á este propósito, merece especial mención lo que escribe el historiador Annowairí, citado por Weyers en su libro ti-

tulado *Specimen criticum exhibens locos Ibn Khacanis de Ibn Zeiduno*, pág. 78, á saber, que Abderrahman III, al ajustar un tratado de paz con los cristianos del Norte, les exigió el envío de doce mil operarios para emplearlos en la construcción del famoso alcázar de Medina Azzahrá. Según cálculo del Sr. Weyers, los doce mil operarios que dicho califa pidió y recibió de la España cristiana, debieron ser los doce mil canteros y lapidarios que, según los cronistas cordobeses, y en tandas de á mil cada una, trabajaron en aquella grande obra. Tambien contribuyeron artífices cristianos á la edificación de los monumentos arábigo-egipcios, como lo ha notado su diligente investigador Sir Stanley Lane Pool en su libro *The art of the Sarracens in Egypte*, donde tiene buen cuidado de llamar á aquel arte *sarracénico* y no *arábigo*.

(22) M. Alfredo Maury y otros, citados por M. Félix Néve.

(23) En prueba de esto, bástenos citar dos autoridades españolas tan competentes como el Sr. Amador de los Ríos en su *Discurso sobre el arte y estilo mudéjar*, páginas 10 y 11, é *Historia crítica de la literatura española*, II, 18, 38 y 39, y D. Francisco María Tubino en sus *Estudios sobre el arte en España*.—

La arquitectura hispano visigoda y árabe-española (Sevilla, 1886), páginas 158-166, donde refuta «los errores más crasos y los dis-«lates más impertinentes» (son sus propias palabras) sustentados en elogio de los Arabes por M. Lebon en su libro titulado *La civilisatión des Arabes*.

(24) En sus mencionados *Prolegómenos*, II, 273 y 274.

(25) Como el Sr. D. Pedro de Madrazo, que en su *Discurso de contestación* al de don Juan Facundo Riaño (leidos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1880), dice así: «El sentimiento de la bella ornamentación es una de las pocas compensaciones que concedió la naturaleza á una raza de admirable aptitud para la guerra, y no menos dispuesta á adormecerse en los brazos del deleite, totalmente desprovista de talentos para levantarse á la esfera del progreso intelectual y moral». El señor Schack, en su mencionada obra, tomo III, páginas 13 y 14, reconoce que los Arabes no pudieron competir en arquitectura con los pueblos que han creado las más altas formas de aquel arte, quedando muy por bajo, así de los autores de los antiguos teatros, templos, hipódromos y termas, como de los artífices que hicieron las catedrales

góticas. «Los Arabes (añade) han creado obras de arquitectura que, si bien en el todo no contienen un plan extenso y perfecto, ejercen un poderoso encanto por la graciosa maestría, la armoniosa forma y la exuberante riqueza de los detalles.» El Sr. Lubke, en su *Ensayo sobre la historia del arte*, traducido del alemán al francés, por E. Ad. Kocller, tomo I, página 312 de la edición de París, 1886, dice así: «Esta arquitectura de hadas (es decir, fantástica) sabe disimular, á fuerza de seducciones, que le faltan precisamente los caractéres de una arquitectura, revistiendo más bien las formas de un encanto.» Y el ilustrado viajero ya citado M. J. Sancery, en un curioso estudio sobre la catedral-mezquita mayor de Córdoba, después de señalar los defectos de la parte arábiga, dice: «Esta no puede ser obra de un arquitecto; como las menudas labores de la Alhambra y del Alcazar, por graciosas que sean, no son una arquitectura.»

(26) Acerca de la ineficacia de la cultura arábiga y muslímica para infundir su espíritu á la de otros pueblos, véase al Sr. Amador de los Ríos en su *Hist. crit. de la lit. esp*, tomo II, capítulo 11.

(27) En el estudio preliminar de nuestro

Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los Mozárabes, págs. XLVI y sigs.

(28) En su mencionada *Hist. des mus. d'Espagne*, I, 15.

(29) Así en sus virtudes como en sus vicios, según los pinta Ibn Jaldon en su *Historia de los Bereberes*, t. I. pág. 199 de la versión del Barón Mac Guckin de Slane.

(30) Véanse á este propósito las acertadas observaciones del Sr. Schack y de su traductor el Sr. Valera, en el t. III, págs. 84-86 de la mencionada obra. A nuestro juicio, si el primero se excede en algo, es en elogiar demasiado el mérito literario y artístico de los Arabes; más en cuanto á los Moros y Bereberes, lo creemos justo cuando escribe: «Lo que se producía en literatura ó en arte, procedía de los Arabes. Jamás se dió alguna actividad de este género que fuese propia y original de los Bereberes, los cuales tenían fama de bárbaros; y si los Moros han de ocupar un puesto en la historia del arte, deben tomar sólo el de asoladores de Córdoba, y saqueadores y destructores de Azzahrá. Las empresas arquitectónicas de algunos príncipes de dicha casta, son siempre en el estilo y según el modelo de los edificios arábigos, y verosímilmente llevados á cabo también por artífices árabes. Con las in-

vasiones y el dominio de los Almoravides, vino á España un nuevo aluvión de gente mauritana; pero en el mencionado modo de ser artístico no hubo cambio alguno. Los flamantes conquistadores, por razón de su barbarie, no trajeron arte alguna, y tuvieron que valerse, cuando quisieron edificar, de los antiguos habitantes del país, los cuales permanecieron naturalmente fieles á sus pasados usos y procedimientos.» Afortunadamente, el Sr. Valera (página 87, nota,) ha puesto las cosas más en su verdadero punto, adjudicando á los indígenas mucha parte de la gloria que Schack atribuye á los Arabes.

(31) Sobre estas destrucciones, véase al señor Schack, III, 53, 67, 68 y los autores arábigos citados por él.

(32) Que por esta razón recibió el nombre de *Medina Elbira* ó capital de la provincia de Eliberri ó Iliberis. Véase á M. Dozy, en sus *Recherches*, tomo I, pág. 327 y siguientes.

(33) Dozy, *Hist. des mus. d'Espagne*, t. IV, capítulos 2, 3, 4 y 7.

(34) En su mencionada *Hist. des mus.*, IV, 266.

(35) Entre otras, una magnífica situada en las afueras de Granada, y en el sitio llamado hoy *El Triunfo*, cerca de la puerta de Elvira.

Véase la relación del cronista granadino Ibn Azzairafí, traducida por M. Dozy en sus mencionadas *Recherches*, I, 351 y 352.

(36) Véase á M. Dozy en su *Hist. des mus.*, IV, 166-168.

(37) Entre ellos Luis del Marmol, en un pasaje de su *Historia de la rebelión y castigo de los Moriscos*, libro I, cap. 8, donde dice: «que los Reyes de Granada siempre fueron imitando á los de Fez, y las (dos) ciudades en sitio, aire, edificios y gobierno, y en todo lo demás fueron muy semejantes.» También nosotros, al copiar dicho pasaje en los apéndices de nuestra *Descripción del reino de Granada*, lo celebramos y emitimos irreflexivamente la opinión que ahora, mejor informados, no podemos menos de combatir.

(38) De esta desolación y ruina que sumió en la barbarie la mayor parte de aquellas regiones, dan testimonio los mismos autores arábigos.

(39) La influencia española en Africa empezó á principios del siglo IX con la inmigración de los musulmanes desterrados de nuestra península por Alhacam I, en castigo de la memorable insurrección de los arrabales meridionales de Córdoba, con cuya ocasión, según el cronicón titulado *Alcartás* (al referir el reina-

do de Idris), ocho mil familias cordobesas se establecieron en Fez, construyendo muchos edificios, y dando su nombre á la *idua* ó ribera de los Andaluces. Es de notar con M. Dozy (*Hist. des mus.*, t. II, capítulo 3), que estos emigrados eran en gran parte Mulladíes ó Españoles renegados. Aumentóse dicha influencia por las conquistas y dominación que alcanzaron los califas cordobeses en el Africa occidental bajo los reinados de Abderrahman III, de Alhacam II, y de Hixém II. Muchas son las noticias que hallamos en el susodicho *Carthas en el Bayán Almogrib* y en otras crónicas arábigas acerca de grandes edificaciones hechas en aquel país antes de los Almoravides por artífices españoles; pero baste á nuestro propósito notar que el año 865 Mohammad ben Hamdon Alandalusi (es decir, el español), edificó la suntuosa aljama del Cairowan (en el Africa propia); que en 875 unos marinos españoles fundaron el castillo de la ciudad de Tenez; que en 902, cierto Mohammad ben Abi Aun ben Abdus y otros andaluces fundaron la ciudad de Orán (reconstruída muchos siglos después por los Moros expulsados de nuestra península), y que en 925 Obaidallah el Xiita empezó á edificar la ciudad de Almesila, bajo

la dirección de cierto Alí, conocido por el hijo del Andalus.

(40) Atestíguanlo como cosa cierta y notoria los historiadores arábigos Ibn Galib, Ibn Said y el Xocundi, citados por Almaccari, II, 105, 106, 126, 144, é Ibn Jaldon en sus celebrados *Prolegómenos*, II, 23, 24, 362 y alibi de la versión mencionada. Consta por estos autores que los emigrados andaluces introdujeron en Berbería hasta sus instrumentos músicos, su escritura, su agricultura y demás artes y oficios, haciéndolos prevalecer, por su mayor gusto y perfección sobre los usados, hasta entonces en aquel país. Por lo tanto fundados en tan valiosas autoridades, los críticos modernos más competentes, como los señores Schack y Valera (tomo III, capítulo 15 de su mencionada obra), el Sr. D. Juan Facundo Riaño (en la página 13 de su *Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid, 1880), y el señor D. Francisco Tubino (páginas 145 y siguientes de su mencionada obra,) se oponen á la pretendida influencia, que tanta boga llegó á conseguir, de los Moros y Bereberes en la arquitectura y arte de los Arabes españoles. Finalmente, debemos notar con Ibn Jaldon, quo la cultura literaria introducida en el Africa

por los Moros andaluces fue de corta duración, á causa de la arraigada rudeza de aquellos habitantes.

(41) El Sr. Schack en el lugar citado.

(42) Almaccarí, II, 814.

(43) El Sr. Valera, ib. III, 86, nota.

(44) Lafuente Alcántara en la reseña histórica que precede á sus mencionadas *Inscripciones*, pág. 49.

(45) Mucho se ha desatinado en nuestros días por pretendidos sábios y críticos que, en ódio á la civilización cristiana, han ensalzado la muslímica, especialmente en lo relativo á la Edad Media y á la deseada regeneración del Africa, cuya actual barbarie es cabalmente efecto de la dominación muslímica. Para desvanecer tan deplorable preocupación bastaría leer algunos escritos de autores modernos, no solo católicos, sino aún racionalistas, como Renan y Dozy; pero no podemos menos de recomendar especialmente la lectura del excelente opúsculo publicado por el sábio profesor de la Universidad de Lieja, M. Godofredo Kurth, con el título de *La Croix et le croissant*.

(46) A este propósito, no podemos menos de recordar las siguientes palabras de nuestro insigne Donoso Cortés, en su *Discurso sobre la Biblia*, que leyó al ser recibido en la Real

Academia Española: «Hay un libro, á donde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatar las almas con sobrehumana y misteriosa armonía. Este libro es la Biblia, el libro por excelencia», etc.

(47) Según lo reconoce y afirma M. Dozy en su *Essai sur l'histoire del'islamisme*, páginas 117 y siguientes de la versión francesa, Leyden, 1879.

(48) Tomo IV, pág. 368, citado por Schack, III, 139.

(49) Citado por el mismo Sr. Schack, III, 139, 141.

(50) Copiado por el mismo Schack, III, 141 y 142, y más extensamente en los apéndices de nuestra *Descripción del reino de Granada.*

(51) Así lo afirma Navagero y lo confirman varios pasajes de Luis del Marmol, que fuera prolijo copiar y que se hallan en su mencionada *Historia*, capítulos V-XI.

(52) Es ya cosa perfectamente averiguada y reconocida por los mismos autores arábigos que los Arabes y Moros no introdujeron en España los procedimientos agrícolas, antes

bien los recibieron y aprendieron de los naturales de nuestro país. Véase Almaccarí, II, 1, y Dozy, *Hist. des mus.*, II, 39.

(53) En su libro *De las cosas memorables de España*, f. 169 v. de la edición de Alcalá, 1539.

(54) El Sr. D. Juan Facundo Riaño en su *Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes* (1880), páginas 19 y 20. Y no vale alegar con el Sr. Riaño las inscripciones religiosas que abundan en los monumentos arábigo-muslímicos; porque cabalmente en la voluptuosa religión mahometana todo respira materialismo y sensualidad, empezando por el texto alcoránico de donde suelen tomarse dichas inscripciones.

(55) Cap. XIV, pág. 38 de la edición de Granada, 1846.

(56) En su prólogo á nuestras *Leyendas históricas árabes*, Madrid, 1858.

(57) En su contestación al discurso de recepción del Sr. Riaño, pág. 45.

(58) Como Schack, Tubino y otros.

(59) En la página VII de su advertencia preliminar.

(60) De la misma opinión es un docto crítico y viajero francés, el ya citado M. J. San-

cery, en una interesante carta escrita el año pasado desde Córdoba, donde después de haber estudiado aquella mezcla de aljama y catedral histórica y artísticamente, supone que el hábil constructor del templo cristiano, Fernando Ruíz, dejó en pié la mezquita musulmana por vanidad de artista, á fin de que pudiera compararse su concepción grandiosa con el ridículo plantío de columnas de su colega arábigo, si es que Abderrahman el Grande (en cuyo reinado se engrandeció notablemente dicha aljama) tuvo un arquitecto.

(61) Tomo III, páginas 32-34 de su mencionada obra.

(62) No es posible leer sin sonrojo los cuadros y pinturas que los poetas y literatos arábigo-españoles (como los africanos y orientales), en una lengua libre y sensual como sus gustos, hacen de los deleites y pasatiempos en que gastaban torpemente su vida y á que se entregaban en los suntuosos alcázares y floridos jardines de Almería, Córdoba, Granada, Sevilla, Toledo, Valencia, Múrcia, Zaragoza y demás ciudades del Andalus. Acerca de este punto, que hemos tratado someramente en algunos escritos, se hallarán muchos detalles en las conocidas *Analectas* de Almaccarí y en la mencionada obra de Schack.

(63) Zorrilla en su poema *Granada*.

(64) Citado por San Eulogio de Córdoba en el libro I de su *Memoriale Sanctorum*.

(65) *Hoc non erit paradisus, sed lupanar et locus obscenissimus.*

(66) En las suras y aleyas ó versículos siguientes, II, 23, III, 13, IV, 60, X, 9, XIII, 22-34, XIX, 61-63, XXXV, 30, XXXVI, 54 57, XXXVII, 39-47, XXXVIII, 50-52, XXXIX, 21, XLIII, 70-73, XLVII, 16 y 17, LV, 46-76, LVI, 14, 39, y LXXVI, 12-21.

(67) Ibn Jafacha de Alcira en unos versos copiados por Almaccari, 1, 451, y traducidos por los señores Schak y Valera, en su citada obra, I, 181.

(68) Ibn Gálib, citado por Almaccarí, II, 104 y 105.

(69) En sus *Prolegómenos*, II, 360 y 361.

(70) Debió decir desde la edad romana.

(71) Véase á M. Dozy, *Hist. des mus.* III, 350, donde contrapone el espiritualismo de los ingénios de raza indigena al sensualísmo de los Arabes y musulmanes de abolengo.

(72) *Prolegómenos*, III, 300.

(73) Sobre este punto véase á M. Dozy, *Hist. des mus.* II, 209.

(74) Tal era entre otras, una situada en las afueras de esta ciudad, enfrente de la puerta

de Elvira, de la cual dicen los autores arábigos (apud Dozy, *Recherches*, I, 351 y 352) que era célebre é incomparable por la belleza de su construcción y de su ornato y de fábrica muy sólida. Esta iglesia fué destruida por el fanatismo de los Almoravides en 23 de Mayo de 1099.

(75) El mismo citado en la nota anterior.

(76) *Hist, des musulmans d'Espagne*, II, 52, 53 y alibi.

(77) Dozy, Ib. II, 210.

(78) *Anales de Aragon*, libro V., cap. 93.

(79) En su *Historia General de España*, libro XXV, capítulo 16.

(80) Por este motivo un escritor eclesiástico, el continuador de los *Anales* del Cardenal Baronio, dice que Granada, bajo la dominación sarracénica, era una sentina de apóstatas que habían renegado de la fé cristiana.

(81) En su libro titulado *El esplendor de la luna llena acerca de la dinastía nazarita*.

(82) El Sr. D. Juan Valera, en su mencionada traducción, tomo III, pág. 82, nota.

(83) El Sr. D. José Amador de los Rios en su *Historia crítica de la literatura española*, tomo II, cap. 11.

(84) De esta materia hemos tratado con alguna extensión en el estudio preliminar á

nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los Mozárabes*, cap. 2.º

(85) Sabido es que muchos Mozárabes usaron de nombres arábigos, confundiendo así á los críticos menos cautos.

(86) Acerca de este célebre autor, nacido en Granada hácia los últimos tiempos de la dominación sarracénica, véase á Casiri, en su *Biblioteca Arábica Hispana Escurialensis*, I, 172 y 173.

(87) Probablemente Zawi ben Ziri, titulado *Almanzor*, fundador de la dinastía de los Ziritas, que reinó desde 1013 á 1019 de nuestra era.

(88) Extat et penes eos (los Moros de Afri»ca) ingens quoddam in tres divisum partes »volumen; *Thesaurum Agriculturae* vocant. »Hic iis temporibus Latino in eorum linguam »versus est cum Almanzor apud Granatas re»rum potiretur.» J. León Africano *De Africae descriptione*, parte I.

(89) Véase Almaccarí, I, 170, *Ajbar Machmúa*, pág. 16 del texto y 29 de la versión.

(90) En su mencionada *Historia crítica*, tomo II, capítulo I, y principalmente páginas 18 y 38.

(91) Véase á este propósito al Sr. Rios, ib. II, 18, nota 150.

(92) El Sr. D. Pedro de Madrazo en su mencionado *Discurso de contestación* al del Sr. Riaño, página 43.

(93) Hállase este arco en varias iglesias de la edad visigótica, conservadas hasta hoy en Castilla la Vieja, Asturias y Galicia, y entre ellas la de San Juan de Baños, diócesis de Palencia, que se remonta al reinado de Recesvinto, año de 661.

(94) También hay motivos para suponer que los primores de la ornamentación arábigo-hispana deben no poco á la imitación de los monumentos visigodos, pues según observan autores muy entendidos (el Sr. Madrazo, en su *Estudios sobre las coronas de Guarrazar,* y el Sr. D. Francisco Maria Tubino, en sus *Estudios sobre el arte en España*, págs. 83 y siguientes), gracias á la riqueza, ostentación y fausto que desplegaban los Visigodos en la vida doméstica y en la pública, el arte decorativo de aquella época, revelado en las ya célebres coronas de Guarrazar, vino á resultar tan original en su fisonomía y tan rico en sus detalles que puede considerarse como superior al lujoso de Oriente en el modo de

disponer los motivos sacados del reino vegetal.

(95) El Sr. Tubino en sus citados *Estudios*, págs. 161.

(96) El reputado pintor y diligente anticuario D. Manuel Gomez Moreno, en su interesante opúsculo titulado *Medina Elvira*, Granada 1888.

(97) También merece consultarse el concienzudo opúsculo publicado por el aventajado jóven D. Manuel Gomez Moreno y Martinez (hijo del celebrado en la nota anterior), con el título de *Monumentos romanos y visigóticos de Granada*, 1889.

(98) A este propósito, nos parece oportuno citar el siguiente fragmento de un estudio sobre Granada, escrito por el ya celebrado Coronel Sancery. Dice asi: «*Iliberis-Granada* es una ciudad romana, y en todo semejante á todas las ciudades de la costa de Africa. El mismo recinto de muros y de torres; la misma *oppidum* ó ciudadela, la *casba* (ó alcazaba) de los Arabes: las mismas obras subterráneas para defensa de los baluartes; la misma disposición para surtir de aguas á la ciudadela y repartirlas á las casas de la ciudad, las cuales son en un todo semejantes á la de Pompeya. etc. Los guerreros del Islam se establecieron en esta ciudad sin destruirla, por la misma razón que no destruyeron á Cartago, Haidera,

Tebessa, Cyrta (Constantina), Bugia, Alger, etc., porque el trabajo de destrucción no es menos antipático á los Arabes que otro trabajo cualquiera. Asi, pues, se limitaron á acomodar esta ciudad á sus propios usos, según lo muestran las construcciones accesorias de la porción del recinto romano en que se asienta la Alhambra, adornando los edificios á la usanza oriental.»

(99) Véase nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas,* art. *partál.*

(100) Hállase este vocablo en las inscripciones de mismo alcázar con referencia á sus torres. También se halla en el *Vocabulista* de Fray Pedro de Alcalá y en escrituras arábigo-granadinas con referencia á fortalezas de este territorio.

(101) Ibn Said, citado por Almaccarí, I, 124.

(102) Que Nebrija traduce por «pavimento ó suelo de azulejos», y Freund por suelo de mosáico.

(103) San Sidonio Apolinar (carm. XXIII, v. 56). Sabido es que este autor, según recuerda el señor Tubino (pág. 83,) al describir el lujo de las costumbres visigodas bajo el reinado de Eurico, advirtió que imperaba en ellas la elegancia griega.

(104) El vocablo ***lachaira*** corresponde por su forma al gallego ***luceira*** (claraboya) y al castellano ***lucero*** (postigo por donde entra la luz.)

(105) Acerca de estos vocablos puede consultarse nuestro referido *Glosario de voces ibéricas* en los artículos correspondientes.

(106) Véase la sura V, aleya 92 del Corán, con la nota correspondiente de Kasimirski, y al Sr. Montaut (del Instituto Egipcio), en su disertación *De la représentation des figures animées chez les musulmans*. Según parece, Mahoma sólo condenó las estátuas á que pudiera rendirse un culto idolátrico; pero la tradición muslímica extendió la prohibición á toda figura representativa de séres animados. No obstante, así en el Occidente como en Oriente, gracias siempre á la influencia de los indígenas, y sobre todo de los romanizados ó helenizados, dichas representaciones se repitieron con frecuencia en los monumentos artísticos y decorativos.

(107) Como consta de los datos y testimonios aducidos por el Sr. de Schak en su mencionada obra, tomo III, páginas 78-81 de la versión del Sr. Valera, y por el Sr. Fernandez Guerra (D. Aureliano) en su Discurso de con-

testación al de su hermano D. Luis, páginas 59 y 60.

(108) Con figuras de leones y avecillas estuvo adornado el maravilloso alcazar edificado en Bugía (Argelia) por el sultan Almanzor-ben-Annacir, de la dinastía de los Beni Hammad, que murió en 1104 de nuestra Era, y celebrado por el poeta siciliano Ibn Hamdís, copiado por Almaccarí I, 321 á 325.

(109) Llamóse así porque la figura ecuestre, á causa de su imperfección, pareció un gallo.

(110) Nuestro insigne maestro el Sr. Estébanez Calderón, en su *Epístola aljamiada*.

(111) Sobre este punto puede verse nuestro referido *Glosario*, pág. CLXXIII del Estudio preliminar, y en varios artículos.

(112) Véase el estudio preliminar de nuestro referido *Glosario*, página CLXVI y siguiente.

(113) Véase el mismo estudio, pág. CLVIII.

(114) Véase el mismo estudio, página LXXX y siguientes.

(115) Acerca de la significación y equivalencia de estos y otros apellidos y apodos usados por los Moros de nuestro país, véase nuestro *Glosario* en los correspondientes artículos. Allí se verá que algunos de los apodos son muy

ridículos, como *Chorroth* (cerote), *Moxolyon* (mosquito) y *Calápac* (galápago).

(116) Ibn Aárdi, II, 108; Ibn Aljathib, en su biografía del mismo personaje, y Dozy, *Hist. de mus.*, II, 190.

(117) Acerca de este punto, véase nuestro mencionado *Estudio preliminar*, pág. XCIV.

(118) Celebrado por Ibn Aljathíb en su autobiografía.

(119) Acerca de este autor, véase nuestro citado *Estudio*, pág. CLIII.

(120) Celebrado por Ibn Aljathib en su *Ihatha*.

(121) Aunque en los textos arábigos se lee Ibn *Bacha* ó Ibn *Bache*, que tambien puede leerse Ibn *Pache*, el apellído de que se trata es indudable corrupción del latino *Pace*, abl. de *pax*.

(122) Acerca de este autor, véase á Ibn Aljathíb, copiado por Casiri, *Bibl. Ar. Hisp. Esc.*, II 110 y las *Analectas* de Almaccarí, II, 125, 130 y alibi.

(123) En nuestro citado *Estudio preliminar*, págs. XVII, XVIII, XXXIII y XXXIV.

(124) Véase á este propósito nuestro *Santoral Hispano-Mozárabe, escrito en* 961, etc., y el excelente artículo de M. Dozy titulado *Die Cordovaner Arib ibn Sad der secretar*

und Rabi ibn Zeid der Bischof, inserto en el *Diario asiático aleman*, tomo XX, páginas 595 á 609.

(125) Véase á M. Dozy en sus mencionadas *Recherches*, I, 351.

(126) Como el célebre Ibn Hazm; véase á M. Dozy, *Hist de mus.*, III, 341 y 342.— «Probablemente (escribe á nuestro propósito el »Sr. Valera, III, 87 nota) todo el que se dis»tinguía en letras, ó en armas ó de cualquier »modo, procuraba ocultar su origen renegado »y mozárabe, y se forjaba una genealogía, »cuyo tronco tenía sus raices en el Yemen, y »tal vez estaba fundado por un compañero del »Profeta.»

(127) Acerca de este gran ingénio véanse los documentos históricos aducidos por M. Dozy en el tomo I del *Cat. Cod. Ar. Bibl Lugd. Bat.* y en su *Hist de mus.* III, página 341 y siguientes.

(128) Acerca de este autor véanse las bibliotecas de Ibn Alfaradhi, páginas 225-228 de la edición del Sr. Codera, y de Addhabbi, páginas 324-326 de la misma edición, así como también las *Analectas* de Almaccarí, ed, de Leiden.

(129) Su origen caisita consta en Almaccarí, 1,399.

(130) Ibn Aljathíb, citado por Casiri, II 76; Almaccarí, II, 130.

(131) Con tal carácter de vasallo suscribe este sultan en algunos diplomas de los reyes de Castilla San Fernando y D. Alfonso el Sábio. Sirva de ejemplo una escritura de 1253, á cuyo pié leemos: «*Don Aboabdille Abennazar, Rey de Granada, vassallo del Rey, la confirma* D. Mahomat Abenmahomat Abenhut, Rey de Murcia, vassallo del Rey, la conf. Don Abenmahfot, Rey de Niebla, vassallo del Rey, la conf.»

(132) Citado por Almaccarí, I, 137.

(133) Tratando de los Reyes Nazaritas, representados en las bóvedas de la Sala de Justicia de la Alhambra, el Sr. Fernandez Guerra, escribe: «Muestran la banda bermeja en campo de oro, y bien se sabe que tales blasones pertenecen al linaje y dinastía de Alahmar, que dió veintiun príncipes al sólio de Granada». Y los Sres. Oliver y Hurtado, en la parte II, cap. VIII de su erudita obra titulada *Granada y sus monumentos árabes* (Málaga, 1875), al tratar de los mismos retratos, dicen así: «En ambos extremos ee hallan los escudos que hemos dicho ser propios de los Reyes Alahmares, con fondo rojo y banda de oro diagonal y dragonada, sostenido cada

cual por dos leones que aproximan á este efecto sus cabezas».

(134) El texto de tan curioso pasaje se halla en la edición de M. de Quatremere, tomo XVI, página 267, de la colección titulada *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliotheque Imperiale, etc., publiées par l' Institut Imperial de France.*

(135) Según algunos críticos, estas pinturas son del siglo XIV; más nuestro ilustrado colega el Sr. D. Leopoldo Eguilaz, las reduce á la primera mitad del siglo XV.

(136) Según D. José Jimenez Serrano, en su celebrado *Manual*, páginas 98 y 99, los artistas fueron árabes; pero del diligente estudio comparativo hecho por los Sres. Oliver, en los capítulos 8 y 9 de la parte II de su mencionada obra, se colige con certeza que estas pinturas fueron hechas por artistas italianos ó discípulos de la misma escuela. De la misma opinión es el señor Lubke en su celebrada obra.

(137) Acerca de estas famosas pinturas, véanse los importantes estudios y descripciones hechos por los Sres. D. Aureliano Fernandez Guerra en su mencionado *Discurso de contestación*, páginas 60 y 61; D. Rafael Contreras en su *Ligero estudio sobre las pinturas de la Alhambra*, Madrid, 1875; D. Jo-

sé y D. Manuel Oliver en su mencionado libro; D. Leopoldo Eguilaz en su *Estudio sobre las pinturas de la Alhambra*, 1881, y más extensamente por D. Rodrigo Amador de los Ríos en su erudito *Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Madrid, 1891.

(138) Ya hemos visto que á principios del siglo XIV llegaban á treinta mil.

(139) Acerca de este descubrimiento véase el *Boletin del centro artístico de Granada*, núm. 6, año 1886.

(140) En su mencionada obra pág. 35.

(141) Acerca de este hecho hemos aducido muchas y valiosas pruebas en el citado estudio preliminar de nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas por los Mozárabes*, págs. XIII á XIV, pero baste á nuestro actual propósito repetir las siguientes palabras del Sr. Fernandez Guerra (D. Aureliano) en su celebrado *Discurso de contestación*, pág. 58: «Es hoy cosa del todo averiguada y resuelta no deberse atribuir en manera alguna á los Arabes de Oriente la gran civilización que allí hubo; pues toda entera pertenece á los antiguos pueblos cristianos avasallados y oprimidos por los sectarios del Coran en tan alongadas regiones».

(142) Tomo IV, página 306.